

HOMILÍA de Javier Iturgaiz en el funeral de **Alberto Iniesta** en la Vicaría IV celebrada el 22 Enero de 2016 en la iglesia del Dulce Nombre de María

Hemos escuchado en la 1ª lectura un pasaje del profeta Isaías. Nos describe, en el texto proclamado, cómo ha sido escogido, marcado por el Espíritu de Yavhé. El profeta siente, experimenta la presencia de Dios en su vida. Ha sido ungido, señalado, marcado para una misión: para testimoniar y recordar el amor de Dios a su pueblo. Un pueblo de dura cerviz que fácilmente se deja seducir por “dioses” los ídolos del entorno. Y Dios, una y otra vez, les recordará los inicios: la liberación de la esclavitud, les acompañó por el desierto, camino de la tierra prometida. El profeta es ungido para vendar los corazones rotos, para liberar a los cautivos. Proclama un año de gracia, de perdón. Este texto del profeta Isaías, es leído por Jesús en la sinagoga de Nazaret, como lo recoge Lucas en su Evangelio y termina el relato lucano, diciendo “esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”.

Esta mirada de Jesús no dirige tanto al pecado de las personas, como al sufrimiento que golpea a los hombres, a los despojados y humillados por los poderosos. En este Hoy, el texto bíblico nos señala la misión que los cristianos debemos realizar, pues también nosotros, hemos recibido el *espíritu del Señor en nuestro bautismo*. Estamos, pues, llamados a liberar a los hombres de todo tipo de esclavitud, dependencia, alienación...

En Alberto Iniesta encontramos la plasmación de este texto. Ungido en el bautismo, en la ordenación sacerdotal y episcopal ha hecho de su vida un testimonio de la presencia de Dios. Era un enamorado de Dios que transmitía y contagiaba lo que sentía. Hombre de oración. Eran muchos los momentos que pasaba ante el Sagrario en la pequeña capilla adyacente, donde celebrábamos la Eucaristía a las 7,45 de la mañana. Sus cortos comentarios a las lecturas nos estimulaban a seguir, a lo largo del día, los pasos de Jesús.

Y es esta profunda vivencia religiosa la que le impulsaba en sus tareas cotidianas en la Vicaría y la que mantenía abierto a la realidad social que configuraba la vida de los hombres de nuestros barrios. Me admiraba la capacidad que tenía para captar, en aquellos bulliciosos años del tardo franquismo y del período de la

transición, por dónde iban los movimientos sociales y él se preguntaba por dónde debería ir la Iglesia.

Esta doble inquietud, cambios sociales y la Iglesia ante estas nuevas situaciones, mantenía viva su vena intelectual. Se levantaba muy pronto y se acostaba tarde, y así, disponía de un tiempo para la oración y el estudio. Estaba al tanto de las publicaciones teológicas, y sociales que aparecían en las librerías. Incluso encontraba tiempo para escribir. Son muchos los libros por él publicados.

Me impresionó, desde el principio, en el año 1972, la asimilación que tenía del Concilio Vaticano II, que marcará profundamente su línea pastoral. Los dos documentos del Concilio que le guiarán en sus trabajos pastorales fueron: *Lumen Gentium (sobre la Iglesia)* y *Gaudium et Spes (La Iglesia en el mundo actual)*.

La Iglesia:

Su tarea no fue fácil. La concepción conciliar de la Iglesia difería mucho de la que se había acuñado a lo largo de varios siglos. No resultaría fácil cambiar la mentalidad de muchos sacerdotes de cierta edad. Pero Alberto lo tenía claro y era terco.

Desde el principio presentó a la Iglesia como la Asamblea del Pueblo de Dios, la casa común de todos los bautizados. En ella, todos somos iguales, todos nos debemos sentirnos corresponsables y el lugar donde se viven los carismas. La Iglesia la hacemos Entre todos, con todos y para todos, como nos recuerda nuestro arzobispo.

Esta visión de Iglesia la tenía muy metida en su cabeza. Se trataba de poner los pilares para conseguirlo. Sus primeros pasos los centró en crear los Consejos Pastorales parroquiales allí donde no los hubiere y en dinamizar y democratizar allí donde ya estuvieran implantados. Es el primer peldaño donde se puede ejercer la responsabilidad y participación de los cristianos

Estableció, igualmente, los Consejos arciprestales compuestos por los sacerdotes de las parroquias y dos seculares de las mismas, así como los religiosos y religiosas que vivían en el barrio arciprestal.

Pronto formó el Consejo de Vicaría que diseñaba los pasos a dar en la toda la Vicaría para dinamizar y acercar la Iglesia al pueblo sencillo de nuestros barrios.

Estos Consejos, *eran como las niñas de sus ojos*. Eran instrumentos de corresponsabilidad. (Están descritos en su libro *Recuerdos de la Transición*).

La Iglesia y el mundo actual

Ungido para anunciar la Buena Nueva a los pobres, proclamar la liberación, dar vista a los ciegos... nos recordaban los textos bíblicos. Y para anunciar esta Buena Nueva empezó Alberto por dinamizar estas estructuras eclesiales, pues la Iglesia Pueblo de Dios está para transmitir el mensaje de Jesús, un tanto deformado por el nacional catolicismo imperante en nuestro país. Había que abrir las puertas y ventanas de la Iglesia para que entrara el espíritu del Concilio, para que pudieran entrar la gente y conocer la Iglesia que era vista o mejor mal vista, por mucha gente de nuestros barrios pues la percibían como una institución lejana, identificada con el Régimen y en connivencia de los poderosos de la sociedad. Y aquí, en esta iglesia, ellos no creían que tuvieran cabida. Este era el pensar de gran parte de los vallecanos.

Alberto, hombre de gran inventiva, pronto puso en estado de misión a los cristianos de la Vicaría. Corría el año 1974. Se intentaba mostrar el rostro de la Iglesia conciliar, una Iglesia servidora y samaritana. Y surgió el *“Miniconcilio” de Barrio: la Asamblea de Vallecas*, como lo denomina en su libro *“Recuerdos de la Transición”*. No me extiendo sobre el particular.

Liberar a los hombres de su cautiverio, nos recordaba el profeta y nos señala el texto de Lucas. Como en aquellas condiciones sociopolíticas no había más posibilidades de reunión más que en las iglesias y en locales eclesiales, tuvimos que llevar y conllevar nuestras tareas y las ajenas, nuestras tareas eclesiales y las sociales, aun cuando estas no fueran directamente de nuestra incumbencia. Si esta situación se vivía en tantos lugares de España cómo no se iba a sentir en Vallecas, un suburbio multitudinario y marginado en la época.

Alberto vivía intensamente los problemas de la gente. Amplió su horario de acogida para atender a muchos obreros con problemas, que como él dice, no podía desatender, pues plateaban situaciones muy justas y humanas.

En aquellos años del tardo franquismo y primeros años de la transición, la Iglesia tuvo que desempolvar algunas tradiciones medievales, como era el derecho de *asilo*. Muchas iglesias de Madrid se convirtieron, sin pensarlo, en lugares de

reunión para estudiar las estrategias a llevar ante los problemas laborales. Esta parroquia del Dulce Nombre sabe algo de ello, pues por el hecho de vivir Alberto en esta comunidad asuncionista, acudían *a la Iglesia de Alberto*, como decían, para sentirse más protegidos por la persona de un obispo.

Alberto Iniesta afrontaba con intensidad, serenidad y templanza cristiana la problemática de la gente. Sin intentarlo se convertía en defensor de los derechos humanos, no siempre respetados. Y en este sentido debemos comprender la homilía del 4 de octubre de 1975, que fue un alegato en defensa de la vida y un posicionamiento contra las penas de muerte que tuvieron lugar unos días antes, en Hoyo de Manzanares. La homilía se hizo llegar a todas las parroquias de la Vicaría por si los párrocos consideraban conveniente leerla. ¡Qué momentos! Saltaron todas las alarmas, surgieron muchas tensiones y el Cardenal Tarancón invitó a Alberto a ausentarse unos días a Roma, mientras pasaba la tormenta y algunos sacerdotes que la leyeron fueron invitados a pasar unos días de descanso y reflexión en el madrileño barrio de Carabanchel.

En toda su trayectoria Alberto fue el Buen Pastor del que nos hablaba el Evangelio de hoy. Atendía, escuchaba e impulsaba a encarnar los valores del Evangelio en nuestros barrios.

Alberto hombre creyente y coherente. Persona que amaba apasionadamente a la Iglesia, y a sus hermanos, los hombres de la Vicaría. Desde su retiro en Albacete nos mantenía a todos presentes en sus oraciones y ahora desde el cielo intercede por todos nosotros.

Y termino con una palabra: GRACIAS ALBERTO.